

EL REENCUENTRO

Bienvenido seas. Diez años y pico representan muchos meses en calendarios alternativos que ir tachando, y si los traducimos a días suman un mogollón difícil de contar porque nunca sabes con certeza si los veintinueves de febrero se añaden al cómputo o no. Pero ya se acabó y ahora estás aquí, una renovada ventana del destino asomada al paisaje de la vida te abre sus hojas de par en par, cursilada incluida,

–Mi presente futuro ha comenzado la semana pasada, vencida la fecha de caducidad de este paréntesis inserta en la orden del juez; no obstante convertido su principio en una cuesta imponente a la que enfrentarme con cincuenta tacos y una mochila sobrecargada de pesadumbres. Imito tus cursilerías.

Vale, no hace falta que me hables en voz alta si lo consideras oportuno, te entenderé igual. Nos hacemos a la idea de que ahora transitas solo por este purgatorio terreno y buscas la compañía de alguien pseudofraternal con quien tratar esta nueva etapa, con quien discutir, si acaso, las vicisitudes que se irán mostrando en el camino por andar, porque ya llevabas deambulando tres días hasta regresar al reducto familiar que te permitieron heredar, donde viviste ayer y te obligas a residir hoy tras este lapso impuesto, convertido el interior en un antro y el exterior en morada de variado de tipo de animales de cielo y tierra; me he pegado a tu ser desde que has llegado hace poco en ese autobús de recorrido infame y portando los maletones en que guardas el equipaje material de tu existir anterior, porque el bagaje psíquico has pretendido registrarlo en una consigna latente al margen de tu retentiva, exageradamente abundante y siniestro, perturbador, del que jamás podrás desprenderte y se te presentará en oleadas cuando menos lo esperes.

Efectivamente, es tu coche ese Laguna medio achatarrado aparcado en la esquina de la calle sucumbido a la edad y ausencia de cuidados, carente de un mínimo ánimo de restauración y utilización según está,

–Veinticuatro mil euros y pico me costó en el dos mil ocho, a tocateja, y ahora no vale ni para piezas de recambio; me figuro que seguirá estando a nombre de ella...

sí, está a su nombre, pero los impuestos y facturas domésticas al tuyo,

–...y lo habrán embargado, lógicamente, y si funciona circulará clandestino de mano en mano; una pena, resulta triste comprobar el fracaso de aquella felicidad relativa, pero he completado mi castigo, retorno entero y verdadero a mis raíces, y eso es lo importante.

sí, y yo he permanecido aquí, a la expectativa, para custodiarte en esta difícil papeleta de

la adaptación, o reinserción, como prefieras, aparte de las coincidencias ineludibles; haré de cicerone de cuanto desconoces; no necesitas buscarme porque me mantendré a tu vera perenne; soy un rédito en forma de asistente virtual que los hados te prestan a fondo perdido, para que no te pierdas, para que no vuelvas a perderte, única opción; también un narrador en segunda persona de tu expiación actual para lectores atentos, un guionista de mala película dramática basada en hechos auténticos leyendo en público tu devenir. Sé lo que tú sabes y procuraré no recordarte escenas ni escenarios, no es mi misión; sabrás lo que yo quiera que sepas mientras sea imprescindible para hacerte ideas, francamente. No temas, nos compenetraremos de maravilla, ya verás.

La vivienda paterna también guarda sorpresas, aunque accedas con facilidad insertando la llave original y efectuando un cuarto de giro; te topas con una destartada bicicleta de tómbola en el vestíbulo, bajo el perchero,

–Huele a porro y a mierda, sin perdón, a cochambre sin oreo, ¿es mi hijo el ocupante actual? –adviertes por mi silencio la afirmación a tu interrogante; elevas el volumen vocal a grito retumbante en la siguiente pregunta–, ¿hay alguien?

y te confunde el extraño veinteaño pasmado por tu presencia en la planta de arriba ataviado con camiseta y calzoncillos blancos, calzado con chancletas, recién saltado del catre,

–Tú serás el padre de Nacho, ¿no? –Para adentrarse sin más en el cuarto del que ha salido con el teléfono en la mano, la pantalla iluminada.

tu hijo vendrá en cuanto pueda, corrida la voz de un terminal a otro; ¿cómo ha acertado tu identidad?, e, insistiendo en tu fisgoneo de prisas, asomas la cabeza en el volumen de un cuchitril apestoso, mal aireado hediendo a humanidad podrida, desordenado, en tinieblas,

–Y tú, ¿quién eres?

–Un colega.

–¿Su novio? –Hubieras debido callar esa bobada, la provocación en la sangre bulle poderosa.

–¡No te equivoques conmigo, tío! –Encarándose contigo, maloliente, que aguantas las ganas de abofetearlo y mandarlo escaleras abajo, un mediopolvo al que sacas un palmo de altura y doblas en peso.

–Me da la impresión de que ignoras cómo me las gasto, tronco. –Y cierra la puerta en tus narices mirándote con desprecio desde un semblante enfermo, los párpados entrecerrados descendiendo sobre unas ojeras espectrales.

Tu alcoba es alojamiento para otras circunstancias y personajes de arriba y abajo, antítesis de cámara marital empapelada de pretéritos pluscuamperfectos. Aquí te instalas

después, luego de apartar mantas y restos de ropa íntima femenina, de voltear el colchón de lienzos abstractos por sus cuatro puntos cardinales, de esconder con la punta del zapato unas mascarillas y ese condón reseco bajo el ropero. Pánico a chinches y ladillas, parásitos carcelarios, bichos inmundos. Habrás de desinfectarla completamente; la tentación de pernoctar en el hostel de la carretera cobra un repentino atractivo.

–Contrataré a una mujer, o dos, y entre los tres quitaremos la mugre, retiraré los muebles y compraré los necesarios; en una semana parecerá otra cosa. Dependerá de la actitud de Nacho quedarse aquí. –Condionas.

Al cabo de unos minutos se produciría el reencuentro con tu hijo; desentendido de él por completo no presagiabas esta contingencia, no te sientes preparado aún. Inspeccionabas somero los aposentos usados, tres, los restantes desamueblados y el desván surtido de arcaicos cachivaches polvorientos, proyectando la renovación total, calculando el presupuesto de la obra consiguiente,

–¡Ya te han soltado, cerdo!, no me alegro de verte, ¿hasta cuándo te quedas?

una década atrás, en aquella fase de insumisión frente a los dominadores del penal, le habrías partido la boca por irrespetuoso, o le cruzarías la cara de lado a lado demostrando esa autoridad caduca, pero hoy no, *sana, sana, culito (o colita) de rana*, te presumes curado; tragas la saliva del desencanto y te conviertes en buen samaritano, en cristiano dócil que pone la otra mejilla, a tu pesar; dudas ante su aspecto,

–Yo sí me alegro de verte, Nacho; sigo siendo tu padre, no lo olvides –y tu sonrisa cordial languidecía, agonizaba malherida en tus labios–, y me gustaría que congeniáramos, apoyarnos mutuamente en esta encrucijada y partir de cero conviviendo sin disputas en el hogar de tu infancia y juventud, pero si tu intención es otra no pondré impedimento a tus decisiones.

un amago de ir a abrazar ese cuerpo menudo tan diferente del chicarrón de dieciocho abriles remoto, un retal humano de lo que criasteis,

–¿Ahora me vienes con esas?, no me toques los güevos, *padre*, lo único que quiero de ti es que te largues y me dejes vivir mi vida. No necesito tu ayuda ni tus consejos, te los puedes meter por el culo,

pelo al rape, barba de una semana, demacrado el rostro, la higiene resentida, piercings, tatuajes, modernidad en la moda de vestir andrajos,

–No voy a porfiar –le aclaras–, si no quieres aceptar mi reconciliación eres libre de actuar como te venga en gana; pero óyeme bien –cerrando los puños, conteniendo a duras penas la rabia interna emergiendo a borbotones–, me he regenerado y nunca haré lo bastante para la remisión de mis actos pasados; te pido perdón en este momento y te lo

suplicaré una vez más si persistes en tu negativa a concederme la potestad que me corresponde por ley, una sola; no habrá marcha atrás a partir de ahí, la elección es tuya, no te consentiré otra afrenta como ésta.

pero aun así conserva los rasgos faciales maternos, y ese genio rebelde congénito,

–¡No gracias!, estoy bien como estoy; nos une el parentesco biológico, pero de ahí no pasas, no siento nada por ti, nada, ¿te enteras? Pero no sufras, nos iremos en unos días, no compartiré techo con el asesino de mi madre.

Es duro el reproche, su osadía, aunque lo intuías; orgulloso, fuerte de carácter, lejano aquel joven vivaracho, extrovertido, buenazo, inteligente, con un prometedor futuro, en el que os reflejabais su madre y tú al aprobar la selectividad con notable alto y elegir la carrera de periodismo. No te voy a adelantar noticias acerca de él, quizás lo hayas adivinado, presientas su método de subsistencia. Tal vez deberías charlar del asunto con Javier Santos, está aquí de comandante de puesto,

–¿Es grave?,

según lo mires,

–No me contaron nada; también es culpa mía pasar de todo y de todos,

¿habría servido de algo?,

–No,

destruiste dos vidas, sin darte cuenta probablemente, pero aniquilaste las perspectivas del muchacho,

–Lo siento.

tus lamentaciones no afectan a la cuestión reinante. Como ves tu currículum de arrepentimiento se amplía a cada paso que das. En este caso nada sale gratis.

Habrás observado que el sector juvenil local no te conoce. En la panadería de siempre, remozada su antigüedad, te ha atendido una chica que pasaría por tu hija; acaso los dueños de otrora se acordaran de ti, pero ella no, ignorante de un pasado que llenó de oprobio y rencor a la población; tendría por entonces doce años, quizás no sea de por acá, oriunda de otra zona; te agradezco tu simpatía a su atención, como a la de la otra chica empleada en el bar-restaurant de la gasolinera donde has almorzado, estación de asilo provisional para desdeñados, para relegados sociales, para reiniciadores vitales, para solitarios abatidos en busca de su particular despeñadero, para camioneros y representantes comerciales, con menú diario relativamente barato y abundante. A la chavalería no les causas novedad, pasan de ti.

Has caminado sin miedo, paseas sereno, calmado, por las calles reconocidas, cambiadas bastantes, muchos árboles repoblados en la alameda; la plaza reformada y

peatonal, la iglesia encalada, rehabilitados los antañones edificios para hacerla incluso bonita a la vista; el plano general parece estancado en tu memoria que coincide en lo fundamental; los viandantes se cruzan contigo sin prestarte atención, un forastero eventual, van a lo suyo y te esquivan en esa medida de seguridad autoimpuesta por mor de la epidemia que no desaparece. Sin embargo no te has percatado, yo sí, de los prolongados ojeos de una ancianita que bien pudiera ser coetánea de tu madre, al otro lado de la acera, quieta, observándote; farfulla frases ininteligibles entre dientes y se santigua maquinalmente con fervor antes de enfilarse decidida hacia tu posición de sentado anónimo en este banco a la sombra, en donde descansas de tu despreocupación; parada delante de ti te lanza a quemarropa una amortiguada acusación de asesino, no te teme, está claro, es valiente y algo insensata, cosas de la senilidad, deduces, mientras la miras sin inmutarte y acusas la reiteración del adjetivo un poquito más sonora; no estás para sandeces ni bromas, ni peleas. Cáustico le respondes, con toda la buena educación del mundo y el estoicismo al que no deseas renunciar, incluso con un retintín de cinismo,

–Ex, querida señora, ex asesino, pues ya no ejerzo, me retiré de la profesión hace un par de lustros. –Para dedicarle en el ínterin esa mirada de “por favor, no moleste” y que la obliga a persignarse nuevamente en completa latitud y longitud, ¡*vade retro*, Satanás!, y a escupir en el suelo previo a fijar sus pupilas en las tuyas, muy suya ella, muy tuyo tú, que le lanzas un guiño, el mohín de un besito afectuoso y te ríes bajando la cabeza para impulsarla a irse con la música de sus rancias inquinas a otra parte, con sus improperios por vanguardia. Una clienta preferente en aquellos tiempos mejores, una allegada política de tercer o cuarto grado, una amistad echada a perder, una enemiga de provecho o de despecho, vaya usted a saber.

Te aconsejo no ir al cementerio ni siquiera para honrar la memoria de tus progenitores, otras víctimas inocentes, juntos también en el más allá de unas sepulturas contiguas; serían ganas de remover los tropiezos del ayer,

–No podré desprenderme de lo peor y de lo malo. Diez años en la trena cañí, en el talego cheli, en la cárcel de nuestro castellano cabal, evitando simpatías y antipatías, apartando tentaciones fulleras, dan para mucho, mayor el número de enemigos decepcionados; abundan la intransigencia, la curiosidad, las exageraciones y mentiras, la competencia por superar al rival, cualquiera que sea. Fuera de allí me encuentro rodeado por mis fantasmas en comandita con los demás vivos y muertos, pero sobreviviré entre ellos como solí en aquellos trances, lo juro, huir es propio de otros más pusilánimes que yo. Conseguiré un trabajo, de lo que sea, y ello actuará de bálsamo sobre mis heridas.

Al llegar a casa, despejada casualmente por sus intrusos, más allá de la sobretarde

y su siesta relegada, un todoterreno de la Guardia Civil con su sargento de uniforme aguardaba tu arribo,

–Hola, Federico,

–Qué tal te va, Javier, las noticias vuelan; ya veo que has ascendido,

–Sí, lo tuyo me ayudó...

–Enhorabuena.

–Quería hablar contigo de algunos temas que te interesan, supongo, ¿tienes unos minutos?

–Me sobran, por ahora, pero de lo que no dispongo es de café ni licores,

–No importa, además, no bebo alcohol desde hace... Entremos.

–Perdona por la suciedad y el abandono impropios; los inquilinos se han descuidado ligeramente...

Un buen tipo Javier Santos, casi hermanos en el colegio y aun después, él a la Benemérita y tú a la sucursal de un banco regional por obra y gracia de unas recomendaciones proporcionadas por tu padre, que en paz descansa en unión de tu madre, fallecida del disgusto por no lograr ya vivir sin él y contigo así. La entrevista se celebra dentro de esa estancia enorme que ejerció de comedor antaño, aledaño a la cocina inmensa que no has querido investigar en profundidad; escasos objetos del entonces natural: la estantería alberga esas enciclopedias de tomos incólumes y las releídas buenas novelas en su reposo, de los escritores clásicos, donde cabe por pulgadas la moderna pantalla de plasma tan novedosa que fue, mal aliada del vetusto y pesado armario aparador, con sus tumbas inferiores a la intemperie y sus nichos alternos exhumados, un ordenador obsoleto con su escritorio violado, la mesa de roble para ocho comensales con seis sillas supervivientes dos de las cuales utilizáis para sentaros distantes, la máquina de coser Alfa, un equipo estéreo para compact-disc, la mesa camilla con el cucú-tras sorpresivo de un brasero eléctrico bajo sus faldas y sus dos butacas adosadas ya desvencijadas, las cortinas ahorcadas más que colgadas, la huella desteñida del reloj de pared en paradero desconocido superpuesta al hueco del escamoteado sofá biplaza, la persiana en suspendan como el Cetme en la mili de mil reclutas, la chimenea de piedra sin ceporros ni tarugos lignarios, un calefactor de aceite accesorio...

–No lloves a mal esta toma de contacto, Fede, no hay problemas entre nosotros, ya sabes,

–Sí, sí, lo comprendo,

–Pero no es de ti de quien vengo a hablar,

–¿No...?, vaya, ahora caigo.

para exponerte de corrido los tejemanejes delincuenciales del muchacho, sus andanzas preliminares,

–...malas amistades..., trabajos inestables..., dinero...

tras expirar tu suegra ocho años atrás,

–...vivió de sus rentas hasta finiquitarlas y recaló en el único sitio que le quedaba...

de sus incursiones por senderos estupefacientes de drogas blandas y duras para desentenderse, aparentemente, de una serie de desgracias interpuestas por el azar,

–..., ya sabes, hoy un porro, mañana una pirula, pasado una rayita, el remedio último de traficar...

y pasarse en un plis plas del yang al yin, de lo claro a lo oscuro, y por ende de la demanda a la oferta, del dame al toma,

–..., dos veces le detuvimos y el juez le envió tres años a prisión en la segunda por medio kilo de cocaína. Cumplió once meses y aquí lo tenemos, sigue con lo mismo, pero ahora con mayor cautela, nos consta que es el mayor distribuidor de los alrededores, pero no lo podemos probar todavía. Solo es para que lo sepas, en la confianza que siempre nos hemos tenido, ¿te acuerdas?,

–Ya lo creo, te portaste muy bien conmigo al ocurrir aquello, y te lo agradeceré siempre. Como tú has dicho, no hay problemas entre nosotros..., referente a lo otro, ¿quieres que haga algo?

–No, Ignacio ya tiene bastante con lo que tiene, no le acosemos más; simplemente te pongo al corriente del entorno en el que te vas a mover antes de que lo descubras por ti mismo y...

–Ya, y me entre la neura y lo mande con su madre, lo liquide de otro arreón,

–No iba a decir eso, Federico,

–Discúlpame, Javier, pero estabas pensando algo similar, ¿a que sí?, en la trena aprendí a interpretar los pensamientos y los gestos de cuantos se me acercaban,

–Nada más Fede, gracias por tu tiempo –levantándose, tendiéndole el codo a modo de antiguo estrechamiento de manos–, si necesitas de mí ya sabes por dónde paro.

–Muy bien, Javi, lo tendré en cuenta.

Una imprevista coyuntura por adjuntar, *de que no son puses son caguetas*, te viene a la memoria, libro abierto para hojear, ¿lo sospechabas?,

–Él sabrá lo que hace con su vida; hoy es fácil prosperar en el campo de la delincuencia, convertida casi en una profesión liberal donde el dinero se consigue fácil y con riesgos reducidos; yo no soy un delincuente, he sido un criminal de primera y única ocasión; lo mío fue un asesinato sin alevosía y sin premeditación, un arrebató colérico, no voy a

entrar en valoraciones absurdas ni motivos exculpatorios, pero la ciudadanía normal no se atreve a aplicar unos atenuantes revestidos de personal justificación tales como que constituyó una liberación ante un acoso sostenido, la impensable y tétrica conclusión de una defensa propia insuficiente contra las descargas de violencia soterrada en conductas y comportamientos, de una reacción fatal a tantas imposiciones humillantes y deprimentes. No pienso influir en sus decisiones, intervenir en su manera de ser presente ni entrometerme en sus asuntos, ya es mayorcito. Y si se va mejor, somos incompatibles según lo veo y dudo de un cambio al respecto en singular o en plural, he percibido en sus facciones contraídas mucho odio hacia mí, mucho, ¡asco de vida!

Es una buena solución que comparto el realizar esas compras de rigor para relajarte y aliviar la tensión que te sobrepasa el razonamiento; un cúmulo de acontecimientos desvelados en una sola jornada. Liberarte temporalmente de ese estrés acuciante.

Empezaste encargando una cama con su colchón viscoelástico de marca para mañana o pasado,

–Que sea de ciento treinta y cinco por dos, y en lugar de somier un canapé.

luego descartar varios tresillos confortables, un 3+2 plazas con tapicería horrible, y decantarte finalmente por esa *chaise longue* rebajada de precio en la cual estirarte y crucificarte después de comidas y cenas frente a las absurdecas televisivas. Visitar esa tienda de ordenadores de la avenida y escoger el mejor portátil a tu gusto de los que te recomendaba el dependiente antes de apuntarte a una tarifa de telefonía de esas *low cost* con lo básico e internet sin límites, también un *smartphone* de categoría media para no perder ripo de modernidad y conectarte en la calle a un mundo abusivo de informaciones, anuncios y mentiras, porque no esperas llamadas de nadie a tu número inmediato ni mucho menos comunicarte con otros semejantes en este estado subyacente por el que vas transitando, por ahora,

–Sí, ese me vendrá bien, no es demasiado voluminoso ni pesado para llevarlo en el bolsillo; ¿el viernes tendré línea?, perfecto.

Encargos de ropajes diversos en comercios de textil porque esta noche dormirás estrenando sábanas rasposas de usar y tirar, tapado con una flamante manta suave y liviana; de víveres de subsistencia en el supermercado,

–Sobre las ocho, de acuerdo; estaré atento en la puerta.

de artículos deteritivos y desinfectantes, de menaje para reemplazar los asquerosos utensilios por doquier, de electrodomésticos,

–Mañana sobre el mediodía, no se preocupe.

donde te has percatado del estremecimiento instintivo del propietario, del empleado anejo, al consignar tu nombre y dirección y soportado esa mirada de aversión que ha durado un segundo, dos, sustituida por la efectividad del pedido; la ganancia establecida aportada por el pago instantáneo con tarjeta activa de ese dinero ahorrado mes a mes con tu esfuerzo en la lavandería del centro penitenciario. Interno guay, ejemplar, de los escasos individuos que asumen su yerro y se retractan, reeducados para reincorporarse al sistema rectos e íntegros, alegan los menos escépticos, accediendo así limpios de polvo y paja a ese desconcertante buenismo que pretende para ellos esta sociedad egoísta. Por favor, no te rías, lo digo muy en serio.

La gente es dada a murmurar y observar a tus espaldas, a reafirmarse en la inicial suposición: “es ese”, “sí, el que se cargó a...”

La sociedad del pueblo es tarda en comprender,
–¡Vamos a ver! La sociedad del pueblo no lo quiere comprender, le cuesta asimilar que tal suceso perverso sucedió realmente aquí y el actor principal ha regresado y se codea con ellos como si nada; está en su derecho; yo haría igual.

Pronto serás la comidilla general y saldrán a fiscalizarte, a verificar si verdaderamente eres tú, te harán comparaciones de todo tipo, presagiarán intenciones, inventarán chismes y prejuicios, reclamarán el destierro voluntario o forzoso o el ayuntamiento te declarará *persona non grata* atendiendo a razones estúpidas de salvaguardas inútiles, recelarán de ti algunos a los que asesoraste allá, o atendiste, o negociaste una hipoteca, o actuaste como mediador imparcial en la concesión de un crédito, de un aval, de una oferta para los clientes distinguidos, en que se hacía hábito regatear la facilidad de su aprobación y sentir su agradecimiento y amistad, su colaboración para reclutar a posibles e indecisos y engordar la cartera de la entidad; vigilarán tus actos y exagerarán hechos que les resulten amenazantes, jueces y verdugos, acusadores sin juicio; lo típico, vamos.

–¡Ya!, te citarían en latín esa frase de “en el pecado llevo la penitencia”, pero soy de ciencias. Has dado en el clavo.

Tu hijo y su colega han cerrado por fuera. No te apetece probar bocado en ese ambiente raro y deprimente con olor a humanidad corrompida. Guardas el reparto y nos vamos.

Aquí veníais mucho, los tres; bien apreciado por el dueño que casi siempre te invitaba a otra cerveza, al tinto de verano de tu mujer o una chuchería de su agrado, al helado de Nacho, y os preparaba unas raciones de jamón alpujarreño, traídos exclusivos para él, particularmente generosas, y platos de gambas cocidas los domingos, y de

caracoles caseros en la temporada, y de patatas bravas en las tardes de invierno acompañadas de un tinto crianza magnífico, ¿verdad? No te aflijas. Es el mismo, ¿te reconocerá?

–En caso afirmativo, ¿cuál será mi título, continuaré siendo señor tal, don Federico, o Federico en la confianza posterior?, o ahora recurriré previsor al formal usteo como rechazo convencional para salvar las circunstancias y sacudirse la aprensión.

Directo a él, que portaba la mascarilla como antifaz enmascarador de ademanes y tics nerviosos reveladores de una angustia en progresión, y las gafas apretando las sienes aumentaban la frialdad de unos ojos que desisten de enfrentarse a los tuyos; pasaba una bayeta inquieto por encima de un reluciente tramo de barra metálica sin variación, más calvo, avejentado, pero se trataba de Paco, Pacorro,

–Hola, Paco, soy Federico, el de la caja de ahorros, ¿te acuerdas de mí?

–Sí, me acuerdo de usted, ha pasado mucho tiempo, ¿qué le sirvo?

–Sí, me hago cargo, me sentaré donde siempre..., allí en la esquina. Un tercio de cerveza y media de jamón, ¿siguen con el jamón de Trevélez?

–Sí, señor.

Y los bisbiseos circundantes no te alteran, recurres a la inspección visual del local y compruebas los giros de cabezas que te ojeaban impertinentes; te entretienes con la decoración y silbas por lo bajo. Las noticias vuelan, ya se lo dijiste a Javier Santos, y aquí dentro se desplazan entre los corrillos a velocidad de vértigo. Por un canal de televisión están echando un concurso mudo del que sabes varias respuestas; te distrae acongojado mientras consumes las cuatro lonchejas blandurrias de pernil sucedáneo escoltadas por dos rebanadas de pan gomoso inmaculadas de aceite y trasiegas el líquido que trajo un torpe mocete. No me engañas al abrir y cerrar rápidamente los párpados, el truco acostumbrado para hacer retroceder las lágrimas de esta frustración. De postre un café cortado al que bautizas como aguachirri y apellidas purga diarrética y el sablazo de quince euros cual tarjeta de recibimiento, o de indeseada visita. Aviso a navegantes. Te marchas sin despedirte advirtiéndote como la bulla precedente vuelve a dominar la atmósfera del bar.

La ruta al hogar arruinado, de segunda oportunidad, va sembrándose de imágenes tristes, afloran poderosas, lacerantes; las luces tras los cristales recortan siluetas que escudriñan el devenir de las calles a la caza de sacamantecas serranos o de hombres del saco en sazón, de íncubos y súcubos que preñan a mozas casquivanas y seducen a mozalbetes calenturientos para arrancarles las entrañas, o de un uxoricida como tú, o un conyugicida, que tampoco habías oído nunca esa palabreja que suena un pelín a recochineo; habitan solteros, parejas de hecho, de derecho, de cohecho, de desecho;

matrimonios recientes, jóvenes, veteranos, maduros, igualmente los caducos y pocos añorantes de una época preferible; con los niños infantes de prohibición tajante después del crepúsculo, ¡el lobo, que viene el lobo! Incapaz de adivinar, ni por asomo en estos momentos, por qué tu relación con ella se fue a pique tan de repente; porque os queráis sin reparos, la fuerza del cariño o el cariño a la fuerza como rescoldo de pasiones. Ninguna respuesta es favorable, ni aceptada.

–Pasó lo que pasó, no insistas. Borrón y cuenta nueva. Un atraco los quince euros, te obstinas en trocar pensamientos, ¡vaya que sí!,

–La madre que lo parió, ¡quince euracos y se ha quedado tan pancho!

imagino que tardarás una eternidad en estar preparado para una relación femenina, especialmente con tus antecedentes; el temor viral a ser víctima de un Barba Azul ibérico tal y como se ha puesto el tema de la violencia de género entre nosotros; el miedo es libre,

–El miedo sería libre por ambas partes, no sé si me explico convenientemente.

Tus vecinos a diestra y siniestra, los de enfrente, verán la tele en el salón de la planta baja, como el tuyo; estos edificios parecen clónicos, casonas de ricachos de los sesenta, pero la de tu estirpe destaca más en altura, profundidad y elegancia. El abuelo Perico, que jamás dejó de ser el abuelo Perico diez años menos viejo, te ha saludado con un escueto hola y ha evitado conversación amagando un olvido para no sentarse al resguardo del poniente un rato antes y pegar una hebra ridícula. No es preciso confraternizar con el ánimo de antaño. Los mayores y sus manías, sus tópicos, sus equivocaciones que no son

–Equivocaciones tan graves como las de estos aconteceres, atestiguarán; condenas perpetuas para pecadores inmisericordes como yo. Es una quimera la reconciliación social para los sentenciados por el común de la sociedad tradicionalista; antes tampoco yo lo confesaba.

El resbalón de la cerradura indica la presencia de Nacho, su colega, o ambos, o una comunidad de compinches hermanados en este nivel de la marginación social voluntaria, porque la escandalera consueña a botellón jaranero recargado de suspicacias. El pestazo a hachís te ha sopapeado brutal la apaciguada voluntad de introducirte pacífico en la entraña de esa fiesta sin invitación; una exigua luminosidad vaporosa invade el portal desde el salón-comedor y te ves reflejado como una aparición terrorífica en el espejo del recibidor. Una docena de chavalas y chavales de los que se encaman entre ellos por no decir una vulgaridad, ya talluditos, formando una rueda de pásamelo, te miran desde los terrazos, sentados en corro a lo indio, la bombilla de la lámpara de pie es

mísera en vatios para traspasar con holgada eficiencia la barrera de humo de tabaco; dentro de su colocón callan unánimes vislumbrando tu visión y uno de ellos, posiblemente el menos tonto, aprovecha para dar tres o cuatro caladas seguidas al porro sujetado entre los dedos y atragantarse; Nacho es el anfitrión, y se destaca ante la plebe de seguidores, –Pasa y siéntate, *pringao*. Peña, os presento a mi presunto padre, el asesino de mi madre que acaba de salir del trullo. –Ibas a explotar, a tirarte a su cuello y estrangularlo como hiciste..., pero la cruda reminiscencia de tu trágico acto te frenó. ¡Detente, Abraham! –¡Hola, asesino de la madre de Nacho! –Estallaron los demás entre carcajadas y bamboleos, observándote de soslayo, pendientes de la litrona en circulación, del próximo canuto ya encendido.

Sobre la nobiliaria mesa, medio devorada, desperdigadas las latas y su contenido, aparecía la comida adquirida; los chorizos curados mordisqueados, el embutido manoseado, el queso arratonado, el pan despedazado; en el lateral más cercano observas la industria preparatoria de unas rayas consumidas con antelación, un trío de papelinas arrugadas y un cuadradito de plástico duro para las dosis. Huiste de allí por no montar la pajarraca y provocar un pollo de la leche que convencería definitivamente a todo quisque de tu peligro potencial, por no liarte a puñetazos con esa banda de mangurrinos garrindongos borrachos y drogados, indecente chusma. Subiste los escalones resignado, ojalá te dejaran en paz, con tu paz.

–¡Adiós, asesino! –Exclamó una voz femenina coreada al instante por una atronadora risotada. Paraste en mitad del ascenso,

–Paciencia, Fede, paciencia, no te pierdas, sé reflexivo...

que bien te lo hubiera haber dicho yo, que para eso actúo de consejero y confidente, pero te adelantaste. El tufo de abajo adherido en las rampas de tu nariz no te permitió distinguir las miasmas volátiles en el pasillo superior. La gota que colmó el vaso en tu dormitorio al oprimir el interruptor de la luz y ver el espectáculo al sobrepasar el quicio unos pasos, acaso la razón en conflicto de extravío con el aceleramiento del pulso, la opresión en las templeas, la sudoración caliente en la frente y fría en las palmas de las manos, un vuelco en el estómago y la náusea consecuente a punto de arrojar la cena,

–¡La madre que os va a parir!, seréis hijos de...

la delicada manta estaba convertida en una especie de cuenco y en el interior habían depositado sus excrementos varios de ellos. Igualmente rociaron con orines la totalidad de las sábanas estiradas y la extensión de la almohada.

Y estallaste, claro, y se rompió la frágil concha de tu integridad mental, cedió la precariedad de tu equilibrio psicológico; el alarido incontrolado que alguien oyó en el limbo

de sus propósitos, la vista al techo que no lo traspasó en busca de esa ayuda-protección-consentimiento celestial en la que desde luego no confiabas porque tú no te las das de Abraham ni tu primogénito de Isaac, la tensión en los músculos y tendones del cuello, las carótidas sobresalientes, el cerebro sin riego suficiente o anegado en exceso, el corazón a doscientas pulsaciones, la adrenalina funcionando a tope, la ceguera visceral que te impulsó a reaccionar como no debías.

Bajaste los peldaños a saltos, en el pasamanos tu transpiración y un rastro de piel que un clavo suelto desprendió de tu canto izquierdo, un dolor que ni siquiera sentiste, obcecado en esta liberación, en destruir los maliciosos obstáculos que se imponían a tu ideal de ser mejor de lo que fuiste; localizar el arma productora de tu inminente desastre en el lugar exacto donde se encontraba, lo presentíamos, ese cuchillo de cocinero visto sobre la encimera, desportillado, desechado tal vez ante el acoso de la comida rápida para traer y llevar. Y lo empuñaste cual espada vengadora con espíritu de fuego, tu ceño contraído como nunca, la obsesión en tu entendimiento de esta resolución justiciera; el adagio de “de tal palo tal astilla” que en esta inoportunidad únicamente se me ocurriría a mí, libre de culpas como me hallo, de poner en analogía. Entraste en el salón poseído, enloquecido, para centrarte en tu creación carnal y probar la eficacia del acero, su filo mellado, en el brazo desnudo del *colgao* infeliz que se adelantó, saludo fascista a modo de avanzadilla ineficaz, a tropicones, a intentar detenerte. Tampoco lo oíste berrear tapando el surtidor de sangre en su vena seccionada; los otros quietos en el asombro durante dos segundos, alucinados en tu avance impetuoso hacia ellos, y mal hallados en la realidad aterradora para dispersarse veloces a gatas, en cuclillas, incluso inmersos en su nube de éxtasis postizo, en busca de la salida detrás de ti, fijo en la figura filial que reculaba desorientado en su niebla narcótica hasta toparse con la pared,

¡no lo hagas, Fede, contente, es tu hijo!,

que no escuchaste de mí en tu sordez; sí intuiste entre otras palabras surgidas de su boca las negaciones imposibles acerca de tu actitud y el coloquial insulto repulsivo hacia su abuela; tus oídos alzando tapias contra la chillería femenil en plena espantada; tu mano izquierda que agarró la pechera de la camisa de quien tanto quisiste a finales y principio de estos dos siglos, sus dedos rígidos en torno a tu antebrazo firme, seguro, que lo levantó lo suficiente para no errar el tajo mortal que le cercenó la garganta...

En la soledad de la noche unas sirenas mecánicas anuncian la repetición de la tragedia en tu familia, por tu causa y efecto. Las excusas huelgan, no caben, la enajenación mental transitoria no colará en la reincidencia, en los análisis de expertos forenses asqueados de tanta locura-demencia fingida o verídica para obrar de paliativo

legal a una irresponsabilidad, a un accidente, a otra imprudencia, a otra temeridad.

Javier Santos visitó tu desenlace en el calabozo del cuartelillo de allá y acá a la mañana siguiente. Cauto, franco y leal aliado en el cumplimiento de su deber, de una camaradería perenne, te ofreció un vaso de café con leche, una botellita de agua y un par de Donuts aparte de un chándal de su talla, un poco justo para ti, y una toalla, pues en tus prendas y en tu piel se secaba la roja esencia de tu vástago único. Callado, a él no le correspondía hablar,

–Gracias, amigo; confío en que cuando salga, dentro de otros diez o doce años, ya seas teniente. –Sonriéndole sin dirigirle la vista, atormentado por tu propia manera de ser y proceder.

–Lo lamento, Fede. –Incapaz de proseguir, sorbiéndose la indisciplina de un reguero de mucosidad anticipada a la lágrima que apartó al salir de la celda.

Yo también lo siento, Fede.